

21 de febrero de 2005 – Tema: **CRISTO JESÚS**

ESTIMADOS AMIGOS: Mary Baker Eddy dio a sus estudiantes 26 temas para ser estudiados dos veces al año en forma de Lecciones Semanales Bíblicas. Durante el año y de acuerdo al orden que ella estableció, presentamos frescos panoramas de cada tema, por Científicos Cristianos sobresalientes. De esta manera, esperamos compartir con ustedes nuevos desarrollos de su infinita revelación.

Nuestra selección de la semana es de – **La Escuela de Verano de Harrogate en 1952** – por John Lawrence Sinton. Para una biografía breve sobre nuestro autor presentado, haga clic [aquí](#).

Términos del Glosario que se Refieren al Cristo

Regresando a los términos del Glosario, vimos anteriormente cómo la idea de la profecía comienza con el Verbo y se extiende hasta el Cristo y su demostración, alcanzando su máxima expresión en Cristo Jesús. Acordes con esa línea de iluminación, notamos a Elías o Elijah, el cual también es definido en el Glosario y que trataremos ahora. Dentro de la clasificación general de términos denotando al Cristo, tenemos 'Gijón', ya estudiado, y luego al mismo Cristo, al cual también ya nos referimos varias veces. Su definición es la siguiente:

“Cristo. La divina manifestación de Dios, la cual viene a la carne para destruir al error encarnado” (C & S 583: 12-13).

La divina manifestación que vine a la carne no abandona al Principio; la omni-acción divina es omnipresente. Únicamente es en un sentido humano relativo, que aparece como viniendo a la carne; en realidad siempre es omnipresente y omni-activa. Así que esta definición es un compromiso en el lenguaje en cierto sentido; provee maravilloso consuelo, desde luego, con el cual una persona sufriendo puede sentir que algo está llegando para quitarle dolor, ansiedad, temor. El Cristo pareciera venir a ella, pero conforme la visión se expande, discierne que siempre ha estado delante de ella, omnipresente y omni-activo todo el tiempo.

Luego la idea del Cristo reaparece en Revelación (Apocalipsis) como el Cordero de Dios, del cual hay numerosas referencias; pero como lo tratamos completamente el año pasado, no vamos a dar de nuevo todas las referencias. También hay una definición en el Glosario.

Consideremos ahora las palabras “espada”, “resurrección”, y “roca” del Glosario, las cuales se clasifican naturalmente bajo el concepto del Cristo.

“Espada. La idea de la Verdad; justicia. Venganza; ira” (C & S 595: 3).

Este término aparece en el segundo capítulo en Génesis. La Sra. Eddy escribe al respecto: “La Verdad es una espada de dos filos, que protege y guía. La Verdad coloca al querubín de la sabiduría a la entrada de la comprensión para distinguir los huéspedes que han de admitirse. Radiante de misericordia y justicia, la espada de la Verdad brilla lejos e indica la infinita distancia que media entre la Verdad y el error,

entre lo material y lo espiritual – lo irreal y lo real” (C & S 538: 4-11). Este párrafo está en conjunción con el texto que se refiere a la expulsión de Adán del paraíso.

El sentido negativo de “venganza” e “ira” aparece en los Evangelios. Tenemos un ejemplo donde Jesús se hizo cargo de la situación luego que Pedro cortara con su espada, la oreja de uno de los siervos del supremo sacerdote (Luc. 22: 50-51). El incidente implica más que una simple curación de una oreja cercenada. Jesús no estaba tan interesado en el hecho físico sino en la “venganza” y la “ira” implícitos en el incidente. Él siempre iba a la causa de toda situación; indudablemente que curaba el efecto, pero su análisis era siempre tan penetrante que iba siempre a la causa del error y desde ahí lo trataba.

La espada como símbolo, aparece en las siguientes citas:

Mateo 10: 34 26: 47-55

Apocalipsis 6: 4; 13: 10, 14

El término “resurrección” representa un proceso en el cual ya hemos estado participando. En el Glosario se define como sigue:

“Resurrección. Espiritualización del pensamiento; una idea nueva y más elevada de inmortalidad, o existencia espiritual; la creencia material sometiéndose a la comprensión espiritual” (C & S 593: 11-14).

Reconozco todo cuanto me han compartido ustedes, y cómo es que me siento acerca de este desarrollo, cuando tuve su completa cooperación, particularmente en el trabajo de ayer cuando tratamos a Jacob; luego al ver que nuestro pensamiento respondía en ese sentido, fue una muestra clara de resurrección, de espiritualización del pensamiento. En el relato de Jacob que discutimos ayer, consideramos uno de los relatos más complejos del Antiguo Testamento, y por medio del Glosario pudimos comprenderlo mucho mejor. Y el pensamiento de todos nosotros respondió. Eso es lo que necesitamos. Eso fue un claro indicio de la espiritualización de la conciencia, a la cual la Sra. Eddy dio tan tremenda importancia; ella sabía más que nadie de la necesidad de la Cristianización y espiritualización de la conciencia, porque vio que solo la espiritualización de la conciencia nos capacitaría para alcanzar la demostración. Si espiritualizamos la conciencia, el Principio se demostrará a sí mismo en forma espontánea.

La palabra hablada o escrita no es mas que un símbolo y signo, pero la espiritualización de la conciencia nos capacita para estar ‘cara a cara’ frente al Principio, para obtener esa relación de tú a tú; nos capacita para ‘entrar al aposento y cerrar la puerta a los sentidos materiales’, para tener “audiencia con el Espíritu, el Principio divino, o sea el Amor, que destruye todo error” (C & S 15: 13-14). En los últimos días nos ha estado llegando una maravillosa medida de conciencia espiritualizada; y dicha espiritualización no permanece estática; restaura, comienza a cumplir la promesa: “He aquí yo hago nuevas todas las cosas” (Apoc. 21:5).

“Resurrección” también es definida como “una idea nueva y más elevada de inmortalidad”. Esta idea nueva no es que alcancemos la inmortalidad por medio del paso de la muerte; mas bien es que la inmortalidad comienza en el preciso momento

en que nos damos cuenta, fundamentalmente, de que nuestra identidad jamás nació en la materia; y en la medida en que comprendamos que jamás nacimos en la materia, en esa misma medida cesaremos de morir debido a ello. Piensen en la profundidad de esto; consideren lo que verdaderamente significa. En el pasaje de “Y designó Salomón setenta mil hombres que llevasen cargas, y ochenta mil hombres que cortasen en los montes, y tres mil seiscientos que los vigilasen” (II Cron. 2:2), parecen comenzar con el momento del nacimiento y finalizar al momento de la disolución, pero eso es algo en lo que la verdadera identidad jamás entra. La Sra. Eddy lo explica en términos del sueño y del soñador, como siendo lo mismo, y en este mismo sentido, el pecado y el pecador, son uno y lo mismo.

La respuesta completa a este asunto se encuentra en el pasaje que leíamos el otro día de la página 67 de Retrospección e Introspección. De modo que aquello que parece haber nacido y luego oscilar hacia el pasaje de la muerte, no es la identidad; es tan solo el falso sentido sobrepuesto de la mente mortal acerca de nosotros mismos, o por decirlo de otra manera, la inversión de la mente mortal acerca de nosotros mismos. En el momento en que nos hacemos concientes de nosotros mismos como ‘identidad’, nos volvemos cada vez más concientes de jamás haber nacido en la materia; y en la misma medida perdemos el miedo de que tenemos que morir por causa de ella. Por supuesto que la culminación de esto es la ‘traslación’.

Dado que ya hemos dicho bastante acerca de la ‘traslación’, permítanme leerles la fabulosa respuesta de la Sra. Eddy a aquella pregunta en Escritos Misceláneos: “¿Cree usted en la traslación?” Y responde: “Si su pregunta se refiera al lenguaje con palabras equivalentes en otro, sí creo. Si usted se refiere al traslado de una persona al cielo, sin que se someta a la muerte, modifíco mi respuesta afirmativa. Creo que esta traslación es posible después que se hayan dado todos los pasos necesarios hasta llegar al trono, al sentido y verdad espirituales de la sustancia, inteligencia, Vida y Amor divinos”. Observen que los términos “Vida y Amor” denotan el Cristianismo absoluto. “Esta traslación no es obra de un momento; requiere tiempo y eternidad”. Y aquí viene la médula de la cita: “Significa más que la mera desaparición ante el sentido humano; tiene que incluir también el aspecto transformado del hombre y su forma más divina, visibles para aquellos que lo contemplan en este mundo” (67:24-6).

Esto fue lo que Jesús presentó en la transfiguración; para los discípulos, por medio de estos estados y etapas elevadas, él presentó “el aspecto transformado del hombre y su forma más divina, visibles para aquellos que lo contemplan en este mundo”; pero si hubiera sido tentado por el magnetismo animal para creer que esto era el cumplimiento de su misión, hubiera fallado como ‘el Mostrador del camino’. Para poder ser el perfecto ‘Mostrador del camino’, proporcionando el concepto completo de la demostración, bajó del monte y comenzó sanando al joven epiléptico (Luc. 9: 37-43). A partir de ese momento, su demostración lo llevó en sentido figurado, de vuelta a Jerusalén.

Jerusalén aparece en el Glosario como sigue:

“Jerusalén. Creencia mortal y conocimientos mortales obtenidos mediante

los cinco sentidos corporales; el orgullo del poder y el poder del orgullo; sensualidad; envidia; opresión; tiranía. Hogar, cielo” (C & S 589: 11-14).

La segunda fase de la carrera de Jesús, cuando su misión lo llevó de vuelta a Jerusalén, fue el viaje, aunque no geográfico, en el cual él estuvo manejando como nunca antes la “creencia mortal y (los) conocimientos mortales obtenidos mediante los cinco sentidos corporales; el orgullo del poder y el poder del orgullo; (la) sensualidad; (la) envidia; (la) opresión; (la) tiranía”. Lo interesante del asunto es observar – y lo vemos más claramente en Mateo – que en tanto que su misión lo estaba conduciendo hacia la transfiguración, la gente ‘le seguía (en) una gran multitud’; pero desde el momento en que inició esta segunda fase, el viaje que lo trajo hasta Jerusalén, la gente gradualmente lo abandonó, hasta que esta fase concluyente de prueba o demostración lo trajo hasta Getsemaní, cuando estuvo solo con sus discípulos, y ellos, a cambio, desertaron de él y se halló solo con su Principio. ¡Qué maravillosa lección encierra esto! En tanto que amamos las verdades del Principio y nuestra demostración no va más allá, no hay desafío alguno; pero viene el tiempo cuando nuestra misión de vida deberá comenzar a encarar el mismo desafío, y deberemos tener el amor, el valor y la abnegación que nos llevarán a esta segunda fase de la demostración. Fue debido a que Jesús con su total abnegación estuvo dispuesto y capacitado para hacer esto, al grado de quedarse solo, que la malicia que lo destruiría por medio de la crucifixión se desplomó, y aquello que era indestructible emergió de la crucifixión para avanzar hacia la ascensión final.

Si somos capaces de ver cómo su misión de vida cae en forma natural en esos dos períodos, veremos claramente lo que ambos significan en la demostración, la cual he mencionado frecuentemente, percibiendo que la segunda es complementaria de la primera. También veremos por qué, al considerar a Cristo Jesús, este maravilloso y supremo demostrador, no podemos separar su definición en el Glosario, de Jerusalén, ni de Getsemaní.

Getsemaní se define así en el Glosario:

“Getsemaní. Angustia paciente; lo humano sometándose a lo divino; amor que no es correspondido, pero que sin embargo sigue siendo amor” (C & S 586: 25-27).

¿Por qué eso de ‘que no es correspondido’? Porque los discípulos aún no eran capaces de velar. Ellos huyeron bajo la presión. Así que este ‘velar’ fue solo, con el Principio. Observen que el uso del término ‘amor’ con una ‘a’ minúscula, denota la completa y total abnegación que deja de lado el concepto mortal. Fue debido a esto que la malicia que lo destruiría falló rotundamente, y aquello que era indestructible emergió en la resurrección y continuó su concepto ascendente de demostración hasta que finalmente no quedó mayor evidencia material, y Jesús no fue ya más conocido por los sentidos.

Debí haber mencionado que existe un lado positivo en la definición de Jerusalén, en dos de las palabras: “Hogar; cielo”. Pero la primera parte de la definición, la cual es completamente negativa, es muy importante de comprender; y una vez que veamos el significado de la fase concluyente de la carrera de Jesús, - llamado el viaje hacia

Jerusalén, - veremos el por qué de la aparición de estos términos en el Glosario tal y como están.

Es el abandono de la personalidad mortal lo que lo conduce a uno de Jerusalén a Getsemaní, y finalmente a la resurrección. Y vimos que 'resurrección' se define como la "espiritualización del pensamiento; una idea nueva y más elevada de inmortalidad, o existencia espiritual". ¿Qué fue aquello que se develó en la resurrección? Fue el gran hecho de que la identidad del hombre jamás nació en la materia y no tiene que morir por ella. Desde el momento en que comenzamos a Cristianizar la conciencia de acuerdo a este concepto de resurrección, comenzamos a vencer la pretensión de la muerte. La pretensión de la muerte no es una cuestión a encarar a los setenta o a los ochenta años; la pretensión de muerte es hipnotismo, mesmerismo, sueño. Recuerden la oración del Salmista (13:3): "Alumbra mis ojos, para que no duerma de muerte". Así es que desde nuestro primer momento de esclarecimiento espiritual, si solo mantuviéramos el sentido espiritual activo, y pacientemente prosiguiéramos a conceptos superiores de entendimiento y demostración, desde ese mismo momento comenzaríamos a vencer a la muerte. Veamos que el tiempo de arremeter contra ella es ahora mismo y no treinta o más años después.

Esta 'idea superior de inmortalidad, o de existencia espiritual' que se presenta, es insinuada en otro pasaje de *Escritos Misceláneos*, donde está ligada al nacimiento de Jesús: "El concepto que tenía Cristo Jesús acerca de la materia era el opuesto del que abrigan los mortales: su natividad fue un concepto espiritual e inmortal del mundo ideal" (74: 13-15). He aquí tenemos la idea de la preexistencia, una idea de la cual Jesús jamás perdió conciencia ni por un solo momento durante su carrera humana. Fue esta conciencia de su preexistencia, la fuente de su poder.

Tenemos dos referencias paralelas al respecto nuevamente en *Escritos Misceláneos*. Primero: "Los mortales perderán su sentido de mortalidad – enfermedad, dolencia, pecado y muerte – en la proporción en que adquieran el sentido de la preexistencia espiritual del hombre como hijos de Dios; como linaje del bien, y no de lo opuesto a Dios el mal, o un hombre caído" (181: 27-32).

Por medio de este proceso continuo de espiritualización nos volvemos muchísimo más concientes de nosotros mismos como identidad, como idea; y en la medida en que tomemos esa postura y nos rehusamos a abandonarla, en tanto que veamos aquello que hemos adquirido, así, poco a poco, "ganaremos el sentido de la preexistencia espiritual del hombre" y por ello perderemos nuestro sentido de mortalidad. Este es el único medio en que podremos vencer "el sueño de muerte", su hipnotismo. No es una violenta batalla mental en años por venir; el tiempo es ahora, por medio de la espiritualización de la conciencia.

La segunda referencia mencionada dice: "El conocimiento firme y verdadero que poseía el manso Nazareno en cuanto a la preexistencia, a la naturaleza e inseparabilidad de Dios y el hombre – fue lo que le hizo poderoso" (189: 8-11).

Vemos así que la resurrección es un proceso continuo, que desde el momento en que avivamos nuestro sentido espiritual, comenzamos a resucitarnos a nosotros

mismos. De aquí surge la última transformación: “la creencia material sometiéndose a la comprensión espiritual”.

En la misma categoría tenemos el término “roca” como un tipo de Verdad. Está definido en el Glosario de la siguiente manera:

“Roca. Cimientos espirituales; la Verdad. Frialdad y obstinación” (C & S 593:21-22).

A través de los Salmos hallamos referencias al Cristo como la ‘roca’. En Números 20: 11 tenemos el ejemplo de Moisés sacando agua de las peñas (roca). La Sra. Eddy dice en *Escritos Misceláneos*: “Estas dos palabras de las Escrituras sugieren los más dulces símiles que pueden encontrarse en lengua alguna – *roca y plumas*: ‘Sobre esta roca edificaré mi iglesia’; ‘Con sus plumas te cubrirá’. Qué bendición es pensar que estáis ‘bajo sombra de gran peñasco en tierra calurosa’, a salvo en Su poder, edificando sobre Sus cimientos, y protegidos contra el devorador, mediante la protección y el afecto divinos. Recordad siempre que Su presencia, poder y paz responden a toda necesidad humana y reflejan toda bienaventuranza” (263: 5-14).

Luego tenemos el término “hijo”, que es descrito en el Glosario como:

“Hijo. El Hijo de Dios, el Mesías o Cristo. El hijo del hombre, el vástago de la carne. “El hijo de un año” (C & S 594: 18-19).

Notemos que la definición es dual. Es dentro del ‘Hijo de Dios’ que hallamos nuestra verdadera identidad. Dentro del ‘hijo del hombre’ resolvemos el problema del ser.

Hay una hermosa referencia a esta idea del hijo y de la filiación en *Escritos Misceláneos*: “Para los sentidos, Jesús era el hijo del hombre; en la Ciencia, el hombre es el hijo de Dios. Los sentidos materiales no podían percibir al Cristo, o Hijo de Dios...” Observen los usos diferentes del término ‘hijo’. “En la Ciencia, hombre” – lo que somos individualmente, – “es el hijo de Dios” – ‘hijo’ con minúsculas. Luego tomando al hombre como la idea compuesta abarcando la soberanía completa de filiación, tenemos “Hijo”, con mayúsculas. “...la aproximación de Jesús a este estado del ser fue lo que lo hizo Jesús el Cristo, el semejante a Dios, el ungido” (161:8-12).

Citas semanales de la Lección proporcionadas por el Instituto Mary Baker Eddy. Visite nuestro sitio web en: www.mbeinstitute.org Para mayor información llame al (239) 656-1951. ¡Damos la bienvenida a sus comentarios!

